

Literatura contemporánea hispanoamericana (*)

(Contemporary Spanish American Fiction)

Un volumen de 324 páginas, por Jefferson Rea Spell

CAPITULO V

EDUARDO BARRIOS, NOVELISTA PSICOLOGICO
DE CHILE



CHILE se ha distinguido en forma particular en el campo de la novela: el número de los escritores que han dedicado sus energías a este género literario ha sido numeroso, y la calidad de su trabajo ha sido elevada. En la segunda mitad del siglo XIX el chileno Alberto Blest Gana

(*) De este excelente estudio publicado por las prensas de la Universidad de North Carolina, hemos traducido el capítulo de crítica referente a la obra de Eduardo Barrios, quien, junto con otros nueve escritores latinoamericanos, constituyen según el profesor Jefferson lo más representativo de la novelística latinoamericana. Los otros nueve nombres tratados en la obra son: Gálvez, Güiraldes, Loveira, Azuela, Rivera Quiroga, Gallegos, Icaza y Alegría.—N, de la D.

(1831-1920) no tuvo rival, como novelista, en América Latina. Discípulo de la escuela realista retrató en sus novelas las costumbres, los hábitos y la historia de su país. También parece que encauzó la tendencia de la novelística chilena; porque una marcada afición a la objetividad caracteriza tanto a sus contemporáneos como a sus continuadores. Orrego Luco, en «Casa Grande» (1908) y sus otras novelas, presenta las extravagancias y los prejuicios de la aristocracia latifundista chilena en la última década del siglo XIX; y en el siglo actual, Mariano Latorre en más de una docena de volúmenes de cuentos, y Luis Durand en su excelente novela «Mercedes Urizar» y en sus otros trabajos, han pintado la vida y los tipos rurales chilenos. Tampoco han faltado en Chile adherentes a la escuela realista extremada, quienes han preferido describir la vida de ciertos estratos de desposeídos y degradados de los pueblos y de las ciudades. Lillo, en sus dos colecciones de cuentos «Sub Terra», 1904, y «Sub Sole», 1907, trata la dura vida de los mineros del carbón en su pueblo nativo, Lota; y Edwards Bello, principalmente en «El roto», 1918, y Alberto Romero, en la «Mala Estrella de Péruchó González», 1935, se han ocupado también de los parias de Santiago. También, en ciertas obras de Eduardo Barrios, a quien se refiere en lo fundamental este ensayo, hay una evidencia amplia de la influencia de los escritores naturalistas franceses; sin embargo, él debe su fama

como novelista a su capacidad para abordar el mundo interno más que el mundo externo.

Barrios nació en Valparaíso en 1884, pero sus padres habían contraído matrimonio en Lima durante la ocupación de esa ciudad por el ejército chileno, del cual su padre fué oficial. Su madre, hija de padre germano y madre franco-vasca, nació allí, pero había pasado su niñez y su juventud en Hamburgo. Cuando Eduardo cumplió cinco años murió su padre, y su madre regresó a la casa paterna en Lima. Allí el muchacho asistió a la escuela durante diez años. Entonces regresó a su Valparaíso nativo en donde su abuelo paterno le consiguió entrada a la Escuela Militar. Aunque se distinguió como estudiante, la carrera militar no era de su agrado y después de dos años se retiró del colegio.

Enojado por ese desprecio al ejército su indignado abuelo le negó todo otro apoyo económico. Entonces se vió obligado a bastarse por sí mismo y comenzó a ganarse la vida en una ocupación después de otra—como comerciante, contador, agente, comprador de caucho y empleado en las minas de nitrato del norte de Chile, en las caucheras del Perú, en Guayaquil, en Montevideo y en Buenos Aires. Y fué probablemente durante sus errancias que publicó en Iquique, Chile, en 1907, su primer libro, «Del Natural». Finalmente se estableció en Santiago, la capital de Chile, y en 1913 publicó un volumen con dos dramas «Lo que niega la Vida» y «Por el Decoro» Los diez años siguientes fueron sus

años de máxima productividad. Durante ese tiempo apareció prácticamente toda su obra: «El niño que enloqueció de amor», 1915; colección de cuentos «Vivir», 1918; un drama «Un Perdido», 1917, novela larga; «El Hermano Asno», 1922, novela corta y su obra maestra; y una colección de cuentos cortos, «Páginas de un Pobre Diablo», 1923. Otra colección de cuentos, «y la vida sigue» fué publicada en Buenos Aires en 1925, pero incluía una sola novedad en prosa: «Ante todo la Oficina»

La actividad literaria fué sólo accidental en la vida de Barrios, quien durante estos años ocupó muchos puestos importantes en Santiago. Además de servir como oficial de secretaría tanto en la Universidad como en el Congreso Nacional, ejerció durante los años 1925-1931, el período de la dictadura de Carlos Ibáñez, puestos tan importantes como Ministro de Educación y Director de la Biblioteca Nacional. Desde su renuncia a este último puesto ha trabajado en dos diarios de Santiago: «El Mercurio» y «Las Últimas Noticias».

Cuando Barrios publicó su primera obra, «Del Natural», en 1907, el naturalismo francés todavía ejercía una profunda influencia en toda América Latina. En Chile, Augusto D'Halmar publicó en 1922 «Juana Luceros», una protesta contra las condiciones sociales que inducían a la prostitución. Joaquín Edwards Bello, en «El Inútil», «El Monstruo», 1912, y otras novelas reveló las depravaciones de varias capas de la

sociedad chilena, y Barrios mismo en su prólogo titulado «Algo de interés» del libro «Del Natural», admitió su gran admiración por Zolá y los otros escritores naturalistas que insistían en una franca discusión del sexo. Pero la característica del talento de Barrios era que no se encauzaba hacia los aspectos externos de Zolá, que prevalecían en las obras de D'Halmar y Bello, sino más bien hacia el análisis de los caracteres a lo Paul Bourget, a quien también menciona en su prólogo.

Porque puede decirse que, en general, el ambiente juega su papel negativo en la obra de Barrios. En las cuatro obras que componen la colección «Del Natural» el medio es Iquique, pero el puerto no se reconoce sino en los nombres característicos de algunas de sus calles. Por otra parte, en todas existe un interés desde el punto de vista psicológico, que es la cualidad característica que distingue a Barrios como escritor.

Ese interés en «Amistad de Solteras» y en «Lo que ellos creen y lo que ellas son», radica en ciertos aspectos de la psicología femenina. El primero relata el caso de dos muchachas que, aunque rivales en el amor de un joven, eran tan buenas amigas que no permitieron que intervinieran los celos en su amistad, pero, cuando el hombre por fin escoge a una, la otra, herida y celosa, acusa a su anterior amiga de deslealtad. La segunda obra muestra en forma muy divertida y con un ejemplo concreto, que es inútil prevenir a una mujer contra

las seducciones de un galán, ya que eso no provocará otro efecto que interesarla más aún por él.

Las otras dos obras de la colección tratan la psicología masculina. La más breve «Celos bienhechores», presenta a un joven a punto de romper con su amante, una muchacha talentosa y encantadora.

Pero cuando se ve confrontado a la posibilidad de perderla, al verla con otro, se da cuenta de repente de toda su pasión. En «Tirana Ley» Barrios escribe un cuento de tesis. Su problema es mostrarnos que el amor es supremo, más fuerte que las convenciones sociales y capaz de romper cualquier barrera.

Erótica en su naturaleza, la novelita trata con mucho detalle un gran amor ilícito de dos jóvenes de Iquique.

Barrios no se ha mostrado nunca muy orgulloso de «Del Natural», excepción de uno de esos cuentos, «Amistad de Solteras», que fué revisado y bajo el título «Como Hermanas» ha sido reimpreso. Pero en su próxima obra, «El niño que enloqueció de amor», encontró el apropiado cauce para desarrollar su talento. Esta obra y las siguientes: «Un Perdido», «El Hermano Asno», «Páginas de un Pobre Diablo» tienen ya muchas características definitivas en común. Existe en el héroe principal de cada una, según la propia confesión de Barrios, un elemento autobiográfico. Con la única excepción de «Un Perdido», cada una de estas obras se caracteriza por un tono íntimo de confesión y un auto-análisis del personaje principal. No se presta mucha atención ni al ambiente ni a la intriga, el énfasis

sis recae en los caracteres; existe un conflicto, ciertamente, pero en gran medida ocurre dentro y no fuera del personaje en referencia.

Así es «El niño que enloqueció de amor»; el diario supuesto de un adolescente. El «Niño que enloqueció de amor» es, desde el punto de vista de la técnica, uno de los mejores cuentos cortos de la literatura latinoamericana. La trama en sí misma es ligera—no de acción sino de lucha psicológica—sin embargo, atrapa nuestra atención desde la primera hasta la última línea. No escasa parte del encanto del relato se debe a la manera magistral en que está realizado. Una de sus cualidades más sobresalientes es su estilo, en apariencia simple, pero exquisitamente trabajado, la estructura de sus frases, que son cortas y típicas de un niño, pero al mismo tiempo rítmicas; su lenguaje simple, cotidiano, representa el toque mágico que da Barrios a su obra y llega hasta alturas poéticas; y sus figuras originales, que no son muy numerosas ni exageradas como en gran parte de la actual literatura latinoamericana. Una nota, la de la tragedia, suena a través de toda la narración, de principio a fin; mucho se realza, también, la obra, por la forma de diario para escribirla escogida por el autor, porque así el protagonista puede revelar los pliegues más recónditos de su alma; y hay una adherencia estricta al tema. Aunque el medio circundante aparece sólo abocetado con finos toques no resulta en absoluto vago; la abuela del niño con sus labios blancos y dientes amarillos; su buena y linda tía, con manos regor-

detas y blancas, capaz de contar historias con una voz suave y agradable; y el novio de Angélica con ojos pequeños, redondos y un bigote como un cepillo. Algunos hechos también se revelan de paso con gran habilidad—por ejemplo que don Carlos Romeral es el amante de la madre del niño e incidentalmente «su padre».

En la misma colección del «Niño que enloqueció de amor» se publicaron dos otros cuentos: «Pobre feo» y «Papá y Mamá». Aunque menos dramático que «El Niño» tienen el mismo estilo poético y sintético que lo caracteriza.

En violento contraste con los cuentos y novelas breves analizados hasta el momento, «Un Perdido» es la novela más completa y más redondeada que ha escrito Barrios. En cierta medida autobiográfica, como el mismo Barrios lo admite, recoge, sin duda, muchos recuerdos de su propia familia y de sus parientes, así como sus experiencias en Valparaíso, Iquique y Santiago, las cuales figuran como el ambiente del libro. Así como en «El Niño», el interés, que es también psicológico, se centra de nuevo alrededor del mismo tipo de individuo: el débil e hipersensitivo Luis Bernales, quien es incapaz de ajustarse al mundo circundante; pero «Un Perdido» es mucho más extensivo, porque Luis aparece estudiado no en forma aparte de sus familiares y parientes sino en conexión con ellos.

Aunque la vivisección del alma de Luis es el interés primordial de «Un Perdido», el mundo circundan-

te en el que se mueve aparece tratado en forma más completa que en cualquiera otra de las obras de Barrios. Aunque ese ambiente no sea único ni particularmente exótico, ya que la vida citadina es más o menos la misma en Europa y en América, sin embargo, presenta un extenso panorama de los diversos niveles de la sociedad chilena que Luis conoce: la casa del acomodado Juan Vera, las costumbres que prevalecen en las casas de prostitución, la guarnición y la vida del puerto de Iquique, la Escuela Militar en Santiago, y también los hogares de los adinerados, la Biblioteca Nacional y las covachas de los artistas bohemios. Sin embargo, la descripción de estos escenarios incluye muy escasa descripción de los objetos físicos. Por otra parte, hay una admirable interpretación del espíritu de cada lugar conforme es observado y sentido por Luis; el ambiente bucólico y confortable del hogar de su abuelo en Quillota, el hervidero de la vida portuaria y las horas agradables con Meche, en un prostíbulo en Iquique, la rígida disciplina de la Escuela Militar en Santiago, el espíritu de orden que prevalece en el hogar de su abuelo paterno, la depravación del período con Teresa y la vida precaria de la colonia de artistas bohemios en Santiago.

En esta novela, en consecuencia, las localidades no interesan sino las gentes asociadas con ellas. Los caracteres menores los constituyen un gran número de individuos sacados directamente de la vida. Aunque unos pocos de éstos, tal como «Petitpois», el encargado de

una casa de prostitución, son descritos, o más bien caricaturizados físicamente, el autor se preocupa en forma preponderante de las características internas más que de las externas. Los caracteres que resaltan son el padre de Luis, también víctima de la timidez, el Papá Juan Vera, de temperamento artístico, cariñoso y tolerante; el Teniente Blanco, filósofo y psicólogo amateur quien analiza los cuadros mentales de Luis, su padre y Papá Juan.

Inolvidables, también son los retratos de los caracteres de menos magnitud: su abuelo por el lado paterno, materialista, frío y calculador; y el director de la Biblioteca Nacional, don Manuel María, totalmente absorbido por la historia de los conciertos en Santiago aun cuando no podía tolerar la música. A pesar de sus numerosos caracteres «Un Perdido» no es en ningún momento un libro tedioso.

El factor que probablemente contribuye más a su calidad de mantener el interés es la habilidad del que cuenta la historia, sin injertarse a sí mismo a través de comentarios o explicaciones, sin que el lector se dé en absoluto cuenta de su presencia, y, presentando siempre su historia en forma dramática—los protagonistas siempre en el centro del escenario—y en un lenguaje al mismo tiempo eufónico y emotivo. Sin embargo, en su obra siguiente, su obra maestra, Barrios abandona completamente este método por el autobiográfico, que parece el más acorde con su genio.

Mucho más limitado en el ambiente «El Hermano

«Asno» presenta el mundo mental de Fray Lázaro, un franciscano que vive en un monasterio en Santiago. Cuando comienza a escribir sus experiencias se encuentra en un estado de perplejidad, ya que aun teme, a pesar de los siete años que ha pasado en el claustro, no ser capaz de cumplir los votos de pobreza, castidad y obediencia. Porque ha probado todos los frutos del mundo y ha entrado al convento como resultado de una gran desilusión sufrida cuando Gracia, una muchacha con la que estaba comprometido, se casa con otro. A pesar de su duda profunda de si será capaz de convertirse en un buen fraile, no desea dejar el convento ya que también sabe que pronto se cansaría del mundo y pediría su reingreso.

Pero algo peor que la duda crece, poco a poco, y se apodera de su alma: las relaciones que germinan entre él y la hermana menor de Gracia, María Mercedes, cuyo parecido con Gracia lo impresiona con gran fuerza desde el momento en que un día la divisa en la iglesia. Ella también lo ve y recuerda con viveza la decepción que le infirió su hermana. Esto despierta en María Mercedes un gran interés por Fray Lázaro y se convierte en una visitante asidua del monasterio.

«El Hermano Asno», sin duda un pilar en la novelística latinoamericana, tiene muchas de las características del nuevo tipo de novela. A diferencia de «Un Perdido» es breve. En la trama hay poca acción física, pero la lucha interna en Fray Lázaro es intensa. El ambiente, que se limita al monasterio franciscano,

lo interpreta el autor en forma impresionista. Barrios logra en esta obra la máxima perfección de su estilo. Las figuras poéticas son frecuentes, y tanto las frases cortas como la repetición de palabras, frases y oraciones las usa en forma muy efectiva. La cualidad quizás, que la distingue entre sus otras obras, es la clara vena de humor que hace intervenir en la presentación del celoso Fray Rufino.

Desde un punto de vista literario Barrios parece haberse agotado con «El Hermano Asno». En la colección «Páginas de un Pobre Diablo», de 1923, hay sólo tres nuevos cuentos. De éstos «Canción», que no lleva fecha, parece pertenecer al primer período del autor. Con gran contenido poético, difusos sus elementos narrativos, pinta la vida de Valparaíso. Los otros dos cuentos «Antipatía» y «Páginas de un Pobre Diablo» que da el título del volumen, llevan la fecha de 1923 y sin duda fueron escritos ese año. Ambos cuentos, por su naturaleza mórbida y la cualidad rítmica de la prosa, hacen recordar ciertos aspectos de la obra de Valle Inclán.

En las «Páginas de un Pobre Diablo» que es el mejor de la colección, Barrios vuelve al tono confesional y a su carácter favorito, un tímido, hipersensitivo, neurótico. En ese caso un joven que escribe sus experiencias y emociones durante los meses en que estuvo empleado en una Funeraria de Santiago. Excelente resulta la delineación del dueño de la funeraria, quien

se alegra cuando aparece una epidemia y observa con gran satisfacción el paso de un entierro cuando el ataúd ha sido comprado en su firma; si no vuelve el rostro con gran disgusto. También encontramos a lo largo del cuento un cierto tipo de humor que radica en el hecho de que el individuo que escribió sus memorias tiene conciencia de su personalidad y de la incongruencia que resulta entre su carácter y el puesto que desempeña.

Con «Páginas de un Pobre Diablo» la obra de Barrios llega a su fin. Aunque su puesto en la literatura hispanoamericana es sin duda muy alto, su producción es reducida. Su primer libro sale en 1907 y su última obra de alguna importancia en 1923. A pesar de que la actividad literaria ha sido sólo accidental en su vida, ha sido, por otra parte, muy personal. Porque el interés de Barrios no radica en la pintura de ambientes o de problemas sociales, como resulta característico en casi toda América Latina, sino en su mundo interno; a través de sus análisis psicológicos de los caracteres anormales y egocéntricos que aparecen en el «Niño que enloqueció de amor» y «Un Perdido» se confesó a sí mismo. Esta última obra contiene mucho, también, de su propia vida tempestuosa en Valparaíso, Iquique y Santiago; y Fray Lázaro en «El Hermano Asno», desilusionado, cansado de los placeres vacíos del mundo y ahora en una contemplación filosófica parece reflejar la actitud de la madurez de Barrios. Además de

su habilidad en el análisis psicológico, Barrios tiene derecho a exigir la fama por su estilo. En este aspecto, con la posible excepción de Ricardo Güiraldes, no tiene paralelo entre los escritores latinoamericanos. Nutrido en la prosa rítmica de los místicos españoles, y en las mismas tendencias literarias de tales «modernistas» españoles contemporáneos como Valle Inclán, Ricardo León, Azorín y Pérez de Ayala, Barrios confiere gran importancia a la pura música del estilo, sin la cual «no hay ondas simpáticas que lleguen hasta el corazón». («Algo de mí», en «Y la Vida Sigue», Buenos Aires, 1925, pág. 87).

(Después de analizar la obra de los escritores latinoamericanos que escogió como más representativos, Jefferson Rea Spell emite, en la última parte de su libro, el siguiente juicio: (N. del T.).

«Entre las novelas que hemos analizado sin duda alguna resistirán el paso del tiempo y mantendrán su reputación internacional.

«Una vez se pensó que la novelística latinoamericana descansaría sobre tres pilares fundamentales: «La Maestra Normal», apoyando una esquina en la Argentina; «Los de Abajo», otra en México, y «La Vorágine» la tercera en Colombia. Pero esta base triangular adquirió un ángulo más cuando «Doña Bárbara» introdujo a Venezuela por primera vez en la geografía literaria internacional. Ahora, puede considerarse que

se apoya en una estrella de cinco puntas, que uniría a todos estos países y Chile, porque «El Hermano Asno» debe también figurar entre las novelas destinadas a conservar un lugar de privilegio en la literatura hispanoamericana».

(Tradujo Joaquín Gutiérrez).

NOTA.—El análisis de la obra de Barrios hecho por Jefferson Rea Spell, incluye el relato de cada uno de los argumentos de las obras del autor. Por razones de espacio y por ser tan conocidas sus obras del público chileno, lo hemos suprimido.